

El Papa, ese misterio

Fr. José Carlos Fernández-Cid, O. P.

Confieso sinceramente, para empezar, que cuando anualmente se celebra el día del Papa, o alguna conmemoración semejante, me acomete una especie de desasosiego. Cada vez que nuestros periódicos, nuestras revistas, radios, nuestros actos de homenaje, discursos, conferencias, etc... se ponen a conmemorar al Romano Pontífice, siento como un escalofrío. La exaltación de la calidad cristiana y humana del Papa es algo, sin duda, muy consolador para un católico; pero si nos detenemos excesivamente en ella, corremos el riesgo de que se nos escape el verdadero sentido del misterio. De ese misterio del Vicario de Cristo en la tierra, cuya autoridad, dignidad y grandeza no dependen en absoluto de la calidad moral o intelectual del que en un momento determinado de la Historia encarna y desempeña este cargo.

La calidad sobrenatural y humana de los últimos Papas es de tal magnitud, que resulta camino fácil detenernos demasiado en ella e ignorar el verdadero sentido teológico de la institución divina del Papado. Y esto en un católico es imperdonable.

Yo mismo he sentido esa tentación al ponerme ahora a escribir sobre el Papa. Con qué entusiasmo (legítimo y bien intencionado, por otra parte) vamos los católicos recogiendo las diversas facetas de la actividad del Papa Juan XXIII en estos cuatro años transcurridos de su Pontificado. Qué consolador es el recuento de méritos y virtudes. Hemos sentido esa tentación, digo, pero la hemos rechazado de plano; con dolor, sí, pero plenamente conscientes de que este camino es el que verdaderamente lleva al robustecimiento de la fe.

Las lenguas son señal, no para los creyentes...

Los designios de la Providencia son ciertamente inescrutables para nosotros. Pero algo podemos atisbar con una mirada atenta e iluminada por la fe. Y si hay algo que esté claro en la Historia contemporánea de la Iglesia es el prestigio universal del Papado. Prestigio entre las naciones y Estados modernos (68 han enviado misiones especiales al aniversario del Papa Juan XXIII), prestigio entre las iglesias cristianas no católicas (todas las principales han nombrado observadores para el Concilio), entre los no cristianos (judíos, musulmanes...)

Muchos factores han contribuido a ese prestigio, pero hay uno que nos parece el principal: la promoción de numerosos católicos a las supremas magistraturas de los Estados. Y esto como consecuencia del trabajo infatigable de la Iglesia, sobre todo durante los últimos 80 años, en dos campos apostólicos que han gozado de las preferencias de los últimos Romanos Pontífices: el apostolado seglar y las misiones. Un gran número de católicos practicantes y militantes ocupan hoy los puestos de Jefes de Estado y de Gobierno, Ministros, etc..., no sólo en las viejas cristiandades de Europa y América, sino también en África y Asia.

El fenómeno es característico de la postguerra mundial. Se ha desarrollado durante el Pontificado de Pío XII y ha continuado, sobre todo prodigiosamente en África, en el actual pontificado. Pensemos que hace 30 años era sumamente difícil encontrar un católico calificado a la cabeza de un Estado, si se exceptúa quizás Irlanda y algún otro caso aislado. Hoy tienen Jefes de Estado o de Gobiernos católicos (con frecuencia ambos), Alemania, Austria, Bélgica, España, Francia, Holanda, Italia, Portugal... En América el caso de Estados Unidos es el más destacado, pero no es el único. En Asia, Vietnam, Filipinas y Corea hasta hace poco. Y sobre todo en África negra, donde el porcentaje llega al 70%: Senegal, Costa de Marfil, Dahomey, Togo, Alto Volta, los dos Congos, Camerún, Gabón, Madagascar..., los más famosos líderes políticos de Tanganika, Uganda, Kenya, Ruanda, Burundi también lo son.

Todo ese esplendor de la Iglesia de que venimos hablando, todo ese prestigio de los últimos Papas de que con razón nos sentimos orgullosos, todas esas cualidades magníficas de que Dios providencialmente ha dotado a los Papas modernos, no deben hacernos olvidar una verdad fundamental para un cristiano: aunque la Iglesia viviese otra vez en catacumbas, aunque otra vez estuviese gobernada por hombres indignos de ser Vicarios de Cristo, **nada absolutamente habría cambiado**. Seguiría siendo cierto lo esencial en el Papa, en todo Papa: que es Vicario de Jesucristo, que es Maestro universal infalible.

Aquí podríamos aplicar también aquellas palabras de San Pablo a los corintios: los prodigios "son señal no para los creyentes, sino para los incrédulos" (I Cor. 14, 22). El prestigio de la Iglesia es un signo que el Señor ha puesto en el mundo moderno para atraer hacia Cristo a todos los que se encuentran, en mayor o menor grado, alejados de El.

Nosotros creemos en el Papa no porque sea santo, sabio o dotado de grandes valores. Nuestra fe debe de estar fundada en algo más profundo y divino: la promesa de Cristo. Un Papa sabio y políglota o un Papa analfabeto, un Papa santo o un Papa pecador, inmoral o ambicioso; nada de eso modifica la sustancia de nuestra fe en el Papado.

Qué fácil es para nosotros ver a Cristo en el Papa actualmente; y hace 10 años, y hace 30, y hace 50. El Señor no ha querido probar apenas nuestra fe. Agradecemoslo. Pero pensemos que la Iglesia tuvo sus "edades de hierro", sus "épocas de decadencia", y que debemos de estar preparados por si el Señor de nuevo nos castiga enviando, para purificar nuestra fe, unos nuevos siglos IX o XV.

Las "lenguas", los prodigios, son señal no para los creyentes, sino para los incrédulos. A nosotros debe bastarnos con la palabra de Cristo. Aunque la realidad histórica de un momento parezca oscurecerla.

Cuando no era tan fácil creer...

"Enrique, no por usurpación, sino por ordenación de Dios, rey, a Hildebrando, que ya no es Papa, sino falso monje. Este saludo es el que tú has merecido para tu confusión, porque no has honrado ningún orden en la Iglesia, sino que a todos has llevado la injuria en vez del honor; la maldición, en vez de la bendición... Así pues, tú, condenado por este anatema y por el juicio de todos nuestros obispos y por el nuestro también, desciende y abandona la Sede Apostólica que te has apropiado; sólo debe ascender a la Sede de San Pedro quien no oculte violencia de guerra tras la religión y sólo enseñe la sana doctrina del bienaventurado Pedro. Yo, Enrique, por la gracia de Dios rey, con todos nuestros obispos te decimos: desciende, desciende, tú que estás condenado por los siglos de los siglos". En estos términos el emperador Enrique IV se dirigía al Papa Gregorio VII, en carta fechada el 24 de Enero de 1076.

Más de cuatro siglos después, exactamente el 13 de Enero de 1495, un fraile dominico de Florencia increpaba desde el púlpito al Papa Alejandro VI y a su corte romana en estos términos: "Cuando Dios consiente que en el jefe o cabeza del gobierno dominen la ambición, la lujuria y otros vicios, convéncete de que el castigo de Dios es inmediato... Cuando veas que Dios permite que la cabeza de la Iglesia cae en el crimen y la simonía, es que el castigo del pueblo está a punto... Y tú, Roma, Roma, aunque se te ha advertido, sin embargo te mantienes en la obstinación; pero aguarda la ira de Dios".

Dejemos ahí escritos esos improprios que un día salieron de la pluma del emperador Enrique y de los labios de Fray Jerónimo Savonarola, dos católicos (no es éste el lugar de dilucidar en qué modo y en qué grado), como síntomas del claroscuro que envuelve el misterio del Papado, como parte que es del misterio de la Iglesia, del misterio de Cristo.

El claroscuro se agudiza, ante la mirada de un observador imparcial, si tenemos en cuenta que aún hoy, al cabo de los siglos, esas cuatro figuras se presentan como un signo de contradicción. Es verdad que la Iglesia venera al monje Hildebrando como San Gregorio VII. Es cierto también que la crítica, casi unánime, nos presenta a Alejandro VI como Papa poco ejemplar, nepotista e inmoral; no ciertamente como un mal Papa, pues no fue negligente en la gestión de los asuntos de la Iglesia, aunque fue incapaz de promover la reforma que lo mejor de la cristiandad pedía. Pero en ambos casos siguen subsistiendo las luces y las sombras.

En cuanto al emperador Enrique y a Savonarola, ciertamente que nadie se ha atrevido a llamarles herejes o cismáticos. El emperador, no obstante, ha pasado a la Historia como un perseguidor del Papado, y en definitiva de la Iglesia; el predicador florentino aún hoy no sabemos cómo calificarlo, si de rebelde o de mártir. Es indudable que en ambos casos hemos de librar-nos bien de pedir lo que no daban de sí las circunstancias históricas. Una idea clara sobre el Papado será inútil buscarla mucho antes del siglo XIX. Todavía en los tiempos de Savonarola había grandes teólogos partidarios de las ideas conciliaristas, es decir de la superioridad del Concilio sobre el Papa.

La actitud de un santo.

Completemos el cuadro. Tres siglos después de Enrique IV y uno antes de Savonarola, una joven sienesa se dirigía al Papa Gregorio XI, el último de la serie de Aviñón, en términos no menos audaces, aunque

respetuosos: "Reverendo Padre en Cristo dulce Jesús: Yo, Catalina, vuestra indigna hija, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa Sangre, con deseo de veros hombre varonil y sin ningún servil temor; aprendiéndolo del dulce y buen Jesús, cuyo Vicario sois... Así quiero, Padre, que lo hagáis también vos. Olvidaos vos mismo de todo amor propio, y no os améis por vos mismo... ¡Vamos, Padre, no os detengáis más...! Me preguntáis, dulce Padre mío, acerca de vuestro regreso; y yo os respondo y os digo de parte de Cristo crucificado que vengáis lo más pronto posible. Si podéis venir, hacedlo para antes de Septiembre; y si no podéis antes, no lo retardéis más que hasta Septiembre. Y no miréis a ninguna contradicción que tengáis; mas como hombre varonil y sin temor alguno, venid. Y cuidado... no vengáis con aparato de gentes, sino con la cruz en la mano, como manso cordero".

El tono es ciertamente audaz, y más, en cierto sentido que el de los otros dos casos. Al fin y al cabo Enrique, según la mentalidad y el derecho de la época, tenía ciertas atribuciones con respecto al Papa; y Savonarola era un sacerdote y predicador. Mientras que Catalina de Siena era una seglar, sin más credenciales que la autoridad moral de su peculiar carisma.

El tono, repetimos, en ella era tan audaz; pero el espíritu muy distinto. Animado de una fe en la Iglesia, como quizá se podrán encontrar pocos casos en la Historia. El Papa Gregorio XI, al que Santa Catalina se dirigía, ni era un santo como Gregorio VII, ni tenía la baja calidad moral del Papa Borgia; podemos decir que estaba en un discreto término medio. Indeciso como este segundo, la carta de la que hemos transcrito un trozo, tuvo la virtud de decidirle al fin a trasladarse a Roma, dando término al "cautiverio de Aviñón". Una vez más, en la historia de la Iglesia, el carisma cooperando con la Jerarquía.

Los pecados de los Papas.

Que ha habido Papas pecadores es cosa que apenas hará falta probar. Lo que sí será preciso poner de relieve es que normalmente nos fijamos en determinados pecados, que gozan de una cierta "popularidad" (inmoralidad, lujo, nepotismo...), y despreciamos los pecados más graves, que son los cometidos contra la caridad, la fe, la justicia.

Objetivamente, quizá el pecado mayor de un Papa que conocemos es la apostasía de San Pedro. Concedamos al menos que era un Papa preconizado, pues sobre él había descendido ya la promesa del Primado, de parte del Señor, e incluso aquellas palabras, "Yo he rogado por ti para que no desfallezcas tu fe; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos". Pocas horas después, Pedro el primer Papa, dijo de Cristo por tres veces: "No le conozco".

Veamos otro caso. La noche del 23 al 24 de Agosto de 1572 tuvo lugar lo que en la historia se conoce con el nombre de "Noche de San Bartolomé". Los católicos franceses, con conocimiento del Nuncio, asesinaron a millares de hugonotes. Es uno de los hechos más repugnantes de la Historia de la Iglesia, y del que todavía hoy nos avergonzamos. Muchos sacerdotes franceses ofrecen, desde hace años la Santa Misa ese día en reparación de aquella grave ofensa a la caridad fraterna que es la esencia del cristianismo.

Pues bien, el Papa Gregorio XIII mandó organizar grandes festejos en Roma, al tener conocimiento del hecho, y, si no por su iniciativa, sí

al menos consintiéndolo él, se acuñó con este motivo una medalla conmemorativa, con la inscripción "Hugonotorum strages" (Matanza de los hugonotes). Objetivamente —no nos metamos en la conciencia individual— este pecado contra la caridad y la justicia es mucho más grave que las simonías, inmoralidades, nepotismos, codicias... que tanto nos escandalizan en algunos Papas al leer la historia. Y a nuestra mentalidad moderna católica, una de cuyas características más consoladoras (por obra y gracia, sobre todo, del actual Pontífice) es el amor y la comprensión hacia los hermanos separados, este crimen y las connivencias de los altos representantes de la Iglesia católica, nos son especialmente repugnantes. El claroscuro de la fe en el Papa una vez más. Qué difícil es ver a Cristo en quien se alegra del daño del prójimo. Y sin embargo Cristo estaba allí.

Opinión pública en la Iglesia.

Es otro de los aspectos que contribuyen a oscurecernos el misterio. Ha sido Pío XII el que expresamente ha defendido la licitud y la necesidad de una sana opinión pública en la Iglesia católica, como en todo cuerpo social vivo. Pero, para muchos es motivo (injustificado, por supuesto) de escándalo. Que haya Cardenales y Papas de diversas tendencias; que en la elección del Vicario de Cristo el Espíritu Santo se valga de las actividades, de las gestiones, de los compromisos, e incluso de las maniobras y pasiones humanas, es algo superior a las fuerzas de la fe de muchos. Y sin embargo una vez más estamos en el fondo, en la esencia misma de la fe cristiana, que es esencialmente oscura, y que no tiene otro apoyo que la palabra de Cristo.

Dios ha querido que una cosa tan trascendental como es la elección del Papa, se lleve a cabo de una manera aparentemente muy humana. No es algo inmutable y de derecho divino, sino que ha experimentado sucesivas mutaciones a través de la Historia. Eso sí, en cada momento histórico determinado esa designación está ligada a la forma establecida por la Iglesia. Y, aunque aparentemente en algún momento hayan existido hasta tres Papas, sólo uno era el verdadero. Pero bien sabemos que esa oscuridad propia de la fe ha hecho que incluso grandes santos, como San Vicente Ferrer, hayan obedecido, de buena fe, a un antipapa.

Esas corrientes de opinión han hecho que durante once siglos la Iglesia no haya recurrido a la fuerza en apoyo de la religión (como doctrina más de acuerdo con las enseñanzas de Cristo), que luego haya implantado la Inquisición y promovido las Cruzadas, que finalmente haya suprimido ambas cosas. De tal manera que ni siquiera las guerras de religión de los siglos XVI y XVII europeos recibieron el nombre de cruzadas. Sobre esto también cabe una divergencia de opiniones entre los católicos. Y así algunos gustan de dar el nombre de cruzada a guerras posteriores, e incluso recientes. Pero en general a la mentalidad cristiana contemporánea repugnan tales realidades y denominaciones.

Ni siquiera es ajeno a la Iglesia o indigno de ella que a sus miembros (aún a los más destacados) se apliquen denominaciones que responden a una tipología política, sociológica o cultural. No hay motivo para rasgarse las vestiduras, ni debe tambalearse la fe de nadie, porque se hable de Papas o cardenales progresistas, moderados o conservadores; de izquierda, centro o derecha. Está claro que siempre que se usen los términos con mode-

ración y respeto; y teniendo en cuenta que su sentido no es exactamente el mismo que tiene en otros campos de la vida social. Se podrá discutir la propiedad o conveniencia de esos términos, pero de alguna manera hay que entenderse.

En el Nuevo Testamento encontramos un caso aleccionador. En el capítulo 15 de los Hechos de los Apóstoles, San Lucas, con gran verismo y sentido "periodístico" (que puede ser un gran ejemplo para los periodistas en el Concilio) nos refiere las "corrientes de opinión" que concurrieron en el Concilio de Jerusalén, y cómo llegaron a un compromiso.

Nos habla primero de lo que pudiéramos llamar una "sesión preconiliar", donde el sector "progresista" (Pablo y Bernabé) expone su opinión en contra de las observancias mosaicas. Aparece entonces un grupo "ultraderechista", cuya opinión era textualmente: "Es preciso que se circunciden y mandarles guardar la ley de Moisés" (Act. 15,5). Finalmente se reunió el Concilio en el que sucesivamente exponen sus opiniones el sector progresista de Pablo y Bernabé, y el conservador representado por Santiago el menor. Con la intervención de Pedro, postura de centro, se llega al compromiso, en el que se determina que no se inquiete a los gentiles que se convierten, y que sólo tienen obligación de abstenerse "de las carnes inmoladas a los ídolos, de sangre y de lo ahogado, y de la fornicación". (Act. 15, 29). Esa era la voluntad de Dios. Pero quiso manifestarla a través de las deliberaciones y gestiones de los hombres. "Ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros" (Act. 15, 28) dirán las Actas del Concilio.

Creo en el Papa.

El Papa como parte fundamental que es del misterio de la Iglesia, del misterio de Cristo, es también objeto de fe. Siempre que recitamos el Credo, al decir "creo en la Iglesia Católica", estamos diciendo también "creo en el Papa". Y si Cristo, Dios y hombre, y la Iglesia, divina y humana, son realidades sacramentales, en las que vemos una cosa (signo exterior y visible) y creemos la realidad divina oculta, así también en el Papa. La realidad visible nos oculta la gracia invisible que en ella reside.

Por eso, así como en Cristo la verdad está en conjugar ambos elementos, contra las dos posturas falsas: exageración del elemento humano (nestorianismo), o del divino (monofisismo), así también se pueden dar un nestorianismo y monofisismo eclesiásticos, según que despreciemos el aspecto divino o el humano de la Iglesia, el Cuerpo místico de Jesucristo. Es el doble escollo que hemos de evitar al contemplar el misterio también divino-humano del Papado.

Pidamos, pues, a Dios que nos siga enviando Papas santos y de elevada calidad humana; démosle gracias por los maravillosos Pontífices que nos viene concediendo pero pensemos que si algún día no sucede así, que si algún día la realidad externa y visible del Papa hiere cruelmente nuestros sentidos, es entonces el momento de hacer un acto de fe más intenso en la realidad invisible y sobrenatural que se asienta en ese triste instrumento de un determinado momento histórico. **Nada habrá cambiado.** Entonces es el instante de decir con más fuerza: "Creo Señor".